



LOS ESTUDIOS FEMINISTAS Y LOS CULTURALES: la crítica cultural feminista en diferentes topografías

67

*Claudia de Lima Costa**

El actual interés sobre lengua y significación ha conducido a una interdependencia entre vida y lengua, experiencia y metáfora. La autora examina la reacción de los estudios feministas y los estudios culturales, pero no soslaya al elemento más importante de todos: la política. Asimismo, analiza la intersección entre feminismo y posestructuralismo / posmodernismo, y enfoca la discusión (en EEUU) sobre la controversia político-epistemológica entre el feminismo materialista cultural y el materialista marxista o histórico.

Feminist studies and the cultural: cultural feminist critique in different topographies

The actual interest between language and significance has led to interdependency between life and language, experience and metaphor. The author examines the reaction of feminist studies and cultural studies, but does not avoid the most important element of all: politics. The article also analyses the intersection between feminism and poststructuralism/postmodernism and it focuses the discussion (in the United States) on political-epistemological controversy between cultural feminist materialism and historic or marxist materialism.

Les études féministes et culturelles: La critique culturelle féministe dans différentes topographies

L'intérêt actuel sur la langue et la signification ont conduit a une interdépendance entre la vie et la langue, l'expérience et la métaphore. L'auteur examine la réaction des études féministes et des études culturelles, en ne laissant pas de côté l'élément le plus important: la politique. De même, elle analyse l'intersection entre féminisme et post-structuralisme/post-modernisme et focalise la discussion sur la controverse politico-épistémologique (Nord-américaine) entre le féminisme matérialiste culturel et le matérialisme marxiste ou historique.

* Universidade Federal de Santa Catarina, Brasil.

En el momento actual se vive la impresión generalizada de estar en una situación límite.¹ Con el colapso de la narrativa de la Ilustración, anunciado por los críticos del proyecto modernista, nos han quedado sólo los escombros para construir nuevas historias que, en cierto modo, nos capacitan para darle sentido a las atomizadas realidades de la vida contemporánea. En las secuelas de lo lingüístico-interpretativo, en torno de las ciencias sociales, afirmar que no hay en el mundo objetos lingüísticamente desnudos sino solamente pre-interpretados y contextualizados, es una perogrullada. La narrativa sigue siendo el modo por antonomasia para expresar conocimiento; estrategias retóricas y elementos figurativos intervienen siempre en nuestro conocimiento del mundo. Sin embargo, un renovado enfoque sobre lengua y significación ha conducido hacia la formación de una interdependencia tan fuerte entre vida y lengua, experiencia y metáfora (Furman, 1985) que las estructuras del mundo se han engastado en las del texto. Pero también se ha discutido sobre una materialidad inherente a la realidad, imposible de reducirse a la codificación de juegos lingüísticos. Para Raymond Williams lo real existe, lo nombremos o no. ¿Cómo, pues, mediar entre el mundo y el texto? ¿Cómo dar cuenta de ambos en la organización social del poder? ¿Cómo ir más allá de los límites del mundo o del texto, de la economía política o de las prácticas culturales, de las cosas o palabras, sin reducir un término a otro?

En este trabajo me propongo, en primer lugar, ver cómo han reaccionado los Estudios culturales y los Estudios feministas frente a los planteamientos antes mencionados, sin perder de vista el más importante (y con frecuencia olvidado) de todos: la política. Empero, deseo anticipar que la guía más promisoría para la investigación de las relaciones entre cultura, política y poder, se encuentra en las prácticas feministas —políticas y culturales (*feminist cultural politics*)— y no en los Estudios culturales tal como se encuentran configurados actualmente en la academia. En un segundo momento analizo la intersección entre feminismo y posestructuralismo/ posmodernismo, enfocando la discusión (en Estados Unidos) sobre la controversia político-epistemológica entre el feminismo materialista cultural (informado por conceptos posestructuralistas) y el feminismo materialista marxista o histórico (influenciado por la lucha de clases). Sostengo —a partir de ejemplos de mi trabajo de campo con un grupo de mujeres de los arrabales de Florianópolis (Brasil) y participantes del movimiento de los «Sin Techo»— que la elaboración de un entendimiento más complejo de la cultura y de las prácticas culturales produce un desplazamiento productivo en los términos del debate, al mismo tiempo que plantea cuestiones importantes sobre los viajes de los feminismos por los varios contextos geopolíticos.

¹ Se presentaron dos versiones parciales de este trabajo en el Seminario internacional en torno al estudio del género (doctorado en Ciencias Sociales, UAM-X, México, 15 de mayo de 1998) y en el XXI Congreso Internacional de LASA (Chicago, 23-26 de septiembre de 1998). Ese texto fue traducido del inglés al español por Rafael Camorlinga Alcaraz.

Los estudios culturales y la centralidad de la cultura: términos, textos y contextos

Hablar sobre Estudios culturales supone, como punto de partida, una definición, y ya aquí empiezan los problemas. En efecto, cualquier tipo de delimitación analítica implica siempre una circunscripción de fronteras, acompañada de gestos y prácticas excluyentes. Pero ¿cómo hablar de un campo epistemológico sin delimitar territorios?

En la abundante literatura sobre los Estudios culturales encontramos varias estrategias de definición. Trataré aquí solamente de las tres que considero de uso más frecuente. Los Estudios culturales se pueden definir como (1) una cierta tradición político-intelectual, (2) en relación con disciplinas académicas y paradigmas epistemológicos; o (3) en relación con sus objetos específicos de estudio.



*hablar sobre Estudios
culturales supone,
como punto de partida,
una definición, y ya aquí
empiezan los problemas*

En la primera instancia los Estudios culturales se refieren a una tradición británica a partir de una perspectiva cultural marxista —marcada por los escritos de Richard Hoggart, E. P. Thompson y Raymond Williams— que surge en los años sesenta, como reacción a una definición tradicional y erudita de cultura y de crítica cultural.

Questionando la identificación de cultura con un conjunto de textos canónicos y prácticas legítimas, dichos autores ven la cultura (de forma antropológica) como un conjunto de «textos vividos» y artefactos culturales —o sea, las maneras por las cuales las personas dan sentido a sus vidas cotidianas e interpretan (y negocian o subvierten) su situación en el mundo. Trabajando en el ámbito de las prácticas pedagógicas (alfabetización y educación de adultos), los susodichos autores buscaban formas para la democratización de esas prácticas, así como entender cómo los discursos de agencias del gobierno y de instituciones públicas (incluida la *media*) articulan hegemonías, que a su vez, son legitimadas por las relaciones asimétricas de poder. Siguiendo la aproximación materialista (marxista) de la cultura, y bajo la influencia de Gramsci (particularmente en el caso de Williams), dichos autores orientan sus análisis hacia cuestiones de economía política, prácticas culturales e ideología, haciendo siempre hincapié en la relación entre cultura y poder, y las formas de subordinación que resultan de esa interacción.² Con Stuart Hall, la tradición británica de los Estudios culturales se aparta un poco del enfoque marxista de la lucha de clases para dedicar mayor atención a las discusiones sobre el colonialismo, el racismo, las migraciones y los grupos étnicos (Mignolo, 1998).³

Por lo que corresponde a la segunda estrategia de demarcación, los Estudios culturales se caracterizan como un proyecto multi o trans, o incluso antidisciplinar. Ubicados en relación de exterioridad respecto a cualquier disciplina, los Estudios culturales han tomado prestadas metodologías de las más diversas áreas epistemológicas (semiótica, literatura, etnografía, economía política, psicoanálisis, desconstrucción, etc.), formando de esa manera una especie de *bricolage* que no privilegia ninguna disciplina o metodología en particular.⁴ Los Estudios cul-

² Entre los textos que exponen claramente la tradición británica de los Estudios culturales, encontramos, por ejemplo, el de Davies (1995), Storey (1993) y el de Chaney (1994).

³ En la elaboración de una crítica cultural marxista se han trazado tres axiomas: «primero, los procesos culturales están íntimamente ligados a las relaciones sociales y a las formaciones de clases; con las divisiones sexuales, la opresión a la edad avanzada y la estructuración racial de las relaciones sociales actúan como formas de dependencia; segundo, la cultura implica el poder y favorece la producción de asimetrías en relación con las capacidades de los individuos y de los grupos sociales para definir y realizar sus necesidades; tercero, la cultura no es un campo autónomo ni determinado externamente, sino un lugar de diferencias y luchas sociales» (Davies, 1995: 21). Para analizar la contribución de Hall a los Estudios culturales, véanse Morley y Kuan-Hsing (1996).

⁴ En el transcurso de su historia los Estudios culturales —al analizar el problema de la dialéctica entre cultura y fuerzas materiales, evitando idealismos

turales proponen una comprensión del mundo no exclusivamente bajo el punto de vista de la cultura, sino de la especificidad de las relaciones y luchas culturales. Para una decodificación de la organización del poder, los Estudios culturales rebasan la esfera de la cultura para profundizar, por ejemplo, en las relaciones económicas, estructuras de la literatura y de la organización social, y en el campo antropológico de la vida cotidiana. Como observa Morris (1997), una lectura textual de un *shopping center* que no se comprometa seriamente con los planteamientos de la historia, economía y sociología (entre otras), seguirá siendo una lectura textual, y no Estudios culturales.

Para Morris, es el contexto el que definirá el abordaje metodológico y teórico que habrá que utilizar. Sin embargo, como advierte Grossberg (1977a), el contexto debe entenderse no sólo como telón de fondo de un fenómeno cultural, sino como algo que es parte de las fuerzas constitutivas de ese fenómeno. El contexto es siempre el resultado de las relaciones de poder, e intervenir en él nos exige un mapeamiento de esas relaciones a fin de poder desarticularlas y rearticularlas en un nuevo contexto. Por consiguiente, mediante la interrelación entre contexto, conocimiento y poder, los Estudios culturales se pueden definir como una práctica (denominada contextualismo radical) que «politiza la teoría y teoriza la política» (Morris, en Grossberg, 1997a: 253).⁵ En otras palabras, los Estudios culturales se rehusan a definir la cuestión de la adecuación teórica en términos puramente epistemológicos. Su proyecto teórico es siempre evaluado en relación con su proyecto político específico —o de construcción de posibilidades a partir de las imposibilidades. Dicho de otra manera, los Estudios culturales buscan el difícil equilibrio entre el optimismo de la voluntad y el pesimismo del intelecto.

En cuanto a la tercera estrategia de definición propuesta, podemos decir que los Estudios culturales luchan contra las estructuras de poder por medio de la articulación de la noción de «populaf» —entendido,

*los Estudios culturales
buscan el difícil equilibrio
entre el optimismo de la
voluntad y el pesimismo
del intelecto*

o reduccionismos— han echado mano a diferentes marcos teóricos. En primer lugar, la posición culturalista-humanista que caracterizó los Estudios culturales se modificó a partir de las influencias del estructuralismo de Lévi-Strauss y de Althusser, y más tarde, del posestructuralismo de Foucault, Lacan y Derrida. Hoy en día vemos la influencia del discurso poscolonial, de las teorías feministas y *queer*, del posmarxismo de Laclau y Mouffe y de los Estudios subalternos, para citar sólo algunas de las nuevas tendencias. Conviene recordar que las posiciones teóricas defendidas por los Estudios culturales siempre han sido provisionales y reflejan su postura anti-canónica.

⁵ Grossberg (1997b) explica que para poder entender una práctica, hay que reconstruir su contexto (tanto histórico como teórico). El contexto no es algo empíricamente accesible, o sea, algo asegurado de antemano. El contexto de una práctica o de un texto es el resultado de un conjunto tan complejo de relaciones, articulaciones y rearticulaciones con otras prácticas y textos que se convierte casi siempre en un espacio sumergido en contradicciones, conflictos y luchas. Como investigadores solamente llegamos al contexto al término de nuestro análisis.

*la política es
despolitizada
y se transforma en
cuestiones de discurso
y representación,
la cultura es textualizada
y se transforma en
inquietud estética*

lato sensu, como la relación que las personas tienen con el poder en su vida diaria. De esa manera, los Estudios culturales no son una teoría sobre la cultura popular ni tampoco una teoría crítica cultural, sino una crítica de la vida cotidiana (Grossberg, 1997b). Su cometido más importante y urgente es el de captar las determinaciones e interrelaciones múltiples entre formas culturales y fuerzas históricas, sin perder de vista la complicidad de lo crítico con las estructuras de poder y

privilegio en las que está inserto. En ese sentido, el objeto de los Estudios culturales puede caracterizarse como una alianza discursiva —«un conjunto de relaciones entre prácticas [textuales o de otro tipo] mediadas por relaciones de poder y dispersas en un determinado espacio social» (Grossberg, 1997a: 257). Trazar los efectos de las prácticas y alianzas discursivas en la vida diaria de las personas constituye el objeto de este campo de conocimiento. Siendo así, para Grossberg (1997b) los Estudios culturales pueden empezar con la cultura, pero deben terminar fuera de ella —en las relaciones de poder (materiales y textuales) que forman el contexto de la vida cotidiana de las personas.

Más allá de la cultura

Después de robar la noción (no-estética) de cultura a los antropólogos y tras haberla expurgado de todo resquicio de ortodoxia marxista basado en la prioridad ontológica de la lucha de clases, los Estudios culturales transformaron la cultura en *best-seller*. Mediante la especificidad de las luchas culturales —o sea, de la noción de *cultural politics*— los Estudios culturales proponen el replanteamiento de la política a través de las prácticas culturales (Kuan-Hsing, 1996: 312). *Cultural politics* representa un medio por el cual se posibilita el estudio, de manera no reduccionista, de las complejas relaciones entre cultura, política y poder. Se trata de un intento de abarcar tanto las dimensiones políticas de la cultura como las dimensiones culturales de la política, fijándose en sus respectivos potenciales emancipatorios.

No obstante, conviene observar que el concepto de *cultural politics* —que constituye la marca de los Estudios culturales— tuvo sus primeros usos estratégicos no solamente en Gramsci, sino también a partir de la noción de revolución cultural (noción trabajada por pensadores socialistas como Franz Fanon, Lázaro Cárdenas y Amílcar Cabral) como forma de resistencia a los poderes coloniales y neocoloniales. La cultura (contra-hegemónica anticolonial) se convierte en un medio de unificación de las sociedades fragmentadas por el colonialismo. Según Dirlik (en Young, 1996: 112), ello muestra que «los movimientos socialistas asiáticos, africanos, centro y sudamericanos fueron los primeros en emplear el concepto de *cultural politics* y de revolución cultural». Sin embargo, como cuestiona Young, ¿qué ocurre cuando el concepto de *cultural politics* es secuestrado de su *locus* en las luchas sociales por la academia y por las editoriales? Se vuelve más cultura que política. Mientras la política es despolitizada y se transforma en cuestiones de

discurso y representación, la cultura es textualizada y se transforma en inquietud estética. Contra esa tendencia precisamente advierte Grossberg (1997b), reiterando que los Estudios culturales deben ir más allá de la cultura y, en palabras de Morris (1977), no deben perder de vista ni la política de la cultura ni la política de la política.

Esta propensión hacia la textualidad, que marcó gran parte de las prácticas de los Estudios culturales en Estados Unidos sufre actualmente profundas revisiones. Hay un llamamiento generalizado para que los/las practicantes de los Estudios culturales devuelvan a la cultura su dimensión material y restituyan a éstos su primacía política. Si en un determinado momento, y respondiendo a la influencia de las teorías posestructuralistas, los Estudios culturales sustituyeron cosas (objetos) por palabras, actualmente se ve la necesidad de un movimiento a la inversa –de las palabras hacia la materialidad del mundo– pero sin sucumbir a la visión inocente (prelingüística) de las prácticas sociales (McRobbie, 1997).

El camino de vuelta a la materialidad del mundo no es el de construcción de oposiciones binarias entre prácticas discursivas y no-discursivas, entre prácticas significantes y procesos sociales, entre el texto y el mundo. Tampoco quiere decir, reitera Stuart Hall, un regreso a la materialidad de la realidad en un sentido vulgar (Kuan-Hsing, 1996: 403). Ir más allá de la cultura no significa abandonar el momento textual o tratarlo como autónomo, pues la cultura sólo puede ser aprendida en su manifestación simbólica. Implica, eso sí, no detenerse en el texto, en el estudio de las relaciones entre producción cultural de un texto y su consumo (o entre ideología, deseo y placer), en la etnografía de lo local, en el estudio de la construcción del sujeto en sistemas de diferencia, o en la política de la representación (Grossberg, 1997b). *Cultural politics* debería abarcar todos esos puntos y otras cosas más a fin de poder construir articulaciones entre la vida cotidiana y sus contextos políticos, las fuerzas sociales e institucionales y las relaciones de poder. Solamente por ese camino el análisis de la cultura será capaz de abarcar a la misma como un conjunto complejo de prácticas que exceden los límites textuales y circunscritos de la representaciones simbólicas.

*al margen de los cánones
le dio un matiz
antidisciplinar a sus
proyectos, obligándolas
a desafiar
incesantemente
prácticas académicas y
paradigmas dominantes*

El feminismo y el análisis político de la cultura

Desde el principio –cuando se constituyeron como grupo de investigación del Centro para Estudios de la Cultura Contemporánea (*Center for Contemporary Cultural Studies*), en Birmingham, Inglaterra, las feministas –tal como «*thieves in the night*» (Brundson, 1996)– revolucionaron muchos de los rumbos de las investigaciones en curso, al poner a la mujer y el género en la agenda del Centro. Entre las principales consecuencias inmediatas de esta inclusión –o mejor, interrupción– en los Estudios culturales tenemos la valorización de la esfera privada y de las esferas públicas alternativas (éstas más frecuentadas por mujeres y muchachas, principalmente de las

*no tengo intención
de idealizar el feminismo.
Ya se ha escrito mucho
sobre sus contradicciones
y traiciones*

«subculturas» de jóvenes adolescentes de las clases obreras); el desplazamiento de la categoría de clase como mecanismo primario de dominación (lo que abriría espacio para otros vectores de subordinación social) y una mayor preocupación por cuestiones sobre subjetividad, identidad, sexualidad, deseo y emoción, posibilitando

mayor comprensión de la dominación/subordinación a nivel subjetivo. Estudiar cómo la subjetividad se posiciona hizo, contradictoriamente, que los investigadores entendieran que las categorías de la identidad raramente forman unidades sociales monolíticas; al contrario, están siempre en compleja y conflictiva interrelación con otras identidades y relaciones de poder (p. ej. para una obrera negra lesbica, las categorías de género, raza, clase y orientación sexual no constituyen elementos homogéneos, sino que derivan sus significados de otras categorías sociales).

Por último, debido a su compromiso histórico con el movimiento de mujeres (del que surgió), para el feminismo la subordinación y la dominación estaban marcadas en el mismo cuerpo, rebasando así sus límites puramente epistemológicos. En otras palabras, eran algo más que categorías analíticas abstractas. Por consiguiente, la insistencia en el análisis de las dimensiones subjetivas y simbólicas de las experiencias de las mujeres, aunada al proyecto político de intervención en las estructuras de la cotidianidad de esas mujeres —proyecto que orientó desde un principio las investigaciones feministas en el campo de los Estudios culturales (tanto en Inglaterra como en Estados Unidos)— equipó a las teorías feministas con poderosos instrumentos para «cortar» en la materialidad tanto de la cultura como del poder. Si por un lado, como nos lo muestra Rooney (1996), el entrelazamiento entre teoría y política en el feminismo fue forjado histórica y conjuntamente a partir del compromiso político en la lucha por la emancipación de las mujeres, por otro, el hecho de que las feministas trabajen por lo general en las «economías grises de las fronteras disciplinares» (Appadurai, 1996: 29) y al margen de los cánones le dio un matiz anti-disciplinar a sus proyectos, obligándolas a desafiar incesantemente prácticas académicas y paradigmas dominantes.⁶ A pesar de ser obligadas a una existencia contra la corriente, vivir en los márgenes les permitió a las feministas una mejor comprensión de la pluridimensionalidad del poder y de la dominación y de la pluralidad de las alianzas frente a las prácticas discursivas hegemónicas, lo que redundó en mayor entendimiento de las posibilidades de resistencia.

El feminismo en este fin de siglo representa un gran espectro de discursos sobre las relaciones de poder a partir de la economía política de la mujer concebida en toda su diferencia interna (sexual, de género, de raza, de clase, de «tercer mundo», etc.). Esos discursos son muchas veces antagónicos entre sí y no se cristalizan en una única posición. No obstante, tal heterogeneidad interna —o como lo llama Audre Lorde, «una interdependencia de fuerzas diferentes»— no ha sido capaz hasta

⁶ Brudson (1996) observa que entre las mujeres que estudiaron en el CCCS en Birmingham en los años setenta, ninguna logró doctorarse.

el presente de fragmentar o debilitar el ímpetu político del feminismo en la lucha contra la dominación y la exclusión. Por el contrario, su compromiso político tanto a nivel de la biografía como de la teoría constituye la principal diferencia del feminismo con respecto a otros movimientos sociales o discursos (incluso los discursos de los Estudios culturales). Dicha diferencia es, primero, producto de la necesidad histórica del feminismo de identificar los puntos de reproducción de la subordinación social en las estructuras de desigualdad, y segundo, de construir articulaciones entre sus diversos sujetos persiguiendo metas políticas específicas (Long, 1996: 202).⁷ A pesar de la existencia de semejanzas y coincidencias significativas entre el proyecto político de los Estudios culturales y el del feminismo,⁸ sostengo que las prácticas políticas y culturales feministas representan, para los Estudios culturales, un ejemplo de cómo articular doblemente la necesidad de intervención histórica con el imperativo de abstracción teórica. O sea, si quisiéramos —como una vez dijo Stuart Hall (1990) respecto a la tarea que se le presenta al intelectual dentro de los Estudios culturales— «enajenar las ventajas que nos fueron facilitadas por el sistema, tomar todo el sistema de conocimiento y [...] ponerlo al servicio de algún otro proyecto», creo que encontraremos más inspiración y orientación en la práctica de los estudios feministas que en la de los Estudios culturales.

Pero ¿qué ocurre con el compromiso político de las teorías feministas cuando hacen alianzas comprometedoras con las teorías posestructuralistas y posmodernas? A continuación haré un breve resumen de las controversias entre las dos tendencias más recientes en el feminismo: el materialismo cultural (informado por conceptos posestructuralistas) y el materialismo histórico (influenciado por un marxismo basado en la primacía de la lucha de clases). Deseo sostener que la solución al problema planteado por el (des)encuentro de esas dos corrientes teóricas feministas consiste en la elaboración de un

⁷ No tengo intención de idealizar el feminismo. Ya se ha escrito mucho sobre sus contradicciones y traiciones. La bibliografía es tan extensa que sería imposible citarla en pocas páginas. En Inglaterra, por ejemplo, la edición en 1981 de *Feminism for Girls*, por McRobbie y McCabe, ya señalaba los problemas con la categoría «mujer» y las diferencias entre mujeres (Brundson, 1996). En Estados Unidos la colección organizada por Moraga y Anzaldúa, *This Bridge Called my Back* (Kitchen Table: Women of Color Press, 1983) trae los primeros y más urgentes debates sobre diferencia al interior del mismo movimiento feminista. Desde entonces se han publicado muchas otras colecciones de ese tipo, a partir de las más diversas perspectivas (feminismo negro, lésbico, *queer*, del Tercer Mundo, etc.) que continuaron aumentando el fuego con más leña y dieron forma a la heterogeneidad interna del movimiento mencionada por Lorde. Para una aproximación que aclare los varios momentos del debate sobre diferencia en el feminismo norteamericano, véase el artículo de Fraser (1996). Para un análisis del cruce entre feminismo y posestructuralismo (juntamente con la cuestión de la diferencia) en la academia brasileña, véase Lima Costa (en impresión).

⁸ Según Domínguez (1996), dadas esas semejanzas, es de admirar (o quizá no) que una de las principales revistas académicas en el ramo de los Estudios culturales —el periódico *Cultural Studies*— en ocho años de existencia haya publicado, hasta 1996, tan sólo 13 artículos sobre el género, mujeres o feminismo.

entendimiento más complejo de la cultura y de las prácticas culturales (como el que ya estaba siendo elaborado por las feministas en el campo de los Estudios culturales). Uso ejemplos de mi trabajo de campo con un grupo de mujeres del Movimiento de los Sin Techo, para demostrar la importancia que la política de la cultura (*cultural politics*) adquiere –juntamente con la política de la identidad– en el conjunto de los movimientos sociales.

Los debates feministas en la América del Norte

En el lapso de 20 años (desde la década de los 70 hasta la de los 90) el feminismo occidental –en todas sus variadas taxonomías (p. ej. liberal, socialista, marxista, radical, cultural y, más recientemente, posmoderno y posestructuralista)– ha pasado por varios cambios de paradigmas que, por un lado, han revelado que su actividad teórica es de naturaleza contingente, perspectivista, contradictoria e históricamente situada y, por otro, han subrayado su compromiso político con la lucha contra la dominación. No obstante, al intentar explicar la causa de la opresión de las mujeres a lo largo de los diversos pasajes geográficos, las feministas en los años setenta –como Fraser y Nicholson (1988) lo expresaron– formularon «cuasi-metanarrativas» de la opresión femenina. Para Weed (1989), una profunda contradicción o tensión empezó a permear el feminismo desde el fin de los setenta y a lo largo de los ochenta. Situado en la intersección conflictiva de «política de identidad» y la crítica posestructuralista del humanismo liberal, el feminismo, al mismo tiempo que endosa la noción de una identidad femenina universal anclada en los valores de la Ilustración como derechos, igualdad y libertad, se empeñaba concomitantemente en la desconstrucción del discurso humanista de la teoría moderna.

En vista de algunas afinidades entre el proyecto feminista y el desconstruccionista del posmodernismo/posestructuralismo, esa alianza ha posibilitado de manera expresiva una aproximación más diferenciada de los problemas de la constitución del sujeto, su subjetividad y agentividad (Best y Kellner, 1991). Pero, a pesar de los aspectos positivos del intercambio entre esas dos tendencias político-culturales, su colaboración también ha sido recibida, con cierta frecuencia, con encarnizada oposición por parte de algunos reductos feministas, y con cauta reticencia por otros. Además, hay un consenso generalizado de que los dos no pueden y no deben fundirse, si el feminismo ha de rechazar el ser sometido por el posmodernismo.⁹ Puesto que los problemas son tantos, apuntando en varias direcciones, mi aproximación aquí será necesariamente sintomática, no exhaustiva. Pondré de relieve lo que considero como más pertinente al tema central de este ensayo. Expuestos esquemáticamente, los puntos son los siguientes:

⁹ A esto respecto Hutcheon afirma que «los (f)eminismos continuarán resistiendo la incorporación al posmodernismo, debido principalmente a su fuerza revolucionaria como movimientos que luchan por un cambio social real [...] El posmodernismo no tiene agentividad teorizada; tampoco tiene estrategias de resistencia correspondientes a las del feminismo. El posmodernismo manipula, pero no transforma la significación; dispersa pero no (re)construye las estructuras de subjetividad [...] El Feminismo debe» (1989: 168).

Primero, existe la alegación de que la dispersión del sujeto, de la historia y de la filosofía, en juegos lingüísticos lleva consigo la renuncia a la subjetividad, a los ideales de autonomía, reflexividad y rendimiento de cuentas —todos ellos requisitos para cualquier proyecto emancipatorio. Benhabib (1995) sostiene que en cuanto la subjetividad, identidad y agentividad sean interpretadas como los únicos efectos de las prácticas discursivas —siguiendo cierto fundamentalismo lingüístico— el posmodernismo y el feminismo permanecen proyectos incompatibles. Para formarse una idea más políticamente orientada sobre estos temas cruciales, continúa Benhabib, tenemos que mirar más allá del miope círculo hermenéutico de las estrategias narratológicas y del significado-constitución para explorar procesos sociales y estructurales más amplios.

Segundo, de acuerdo con la misma línea crítica de Benhabib, otras autoras (Bordo, 1990, 1992; Flax, 1990; Hooks, 1990), aunque comprometidas seriamente con el posmodernismo y con plena conciencia del peligro inherente a las definiciones esencialistas de la identidad, dudan adherirse de lleno en la fragmentación del sujeto con la socavación de la autoridad de su experiencia. Sostienen que el descentramiento del sujeto parece llevar consigo un halo positivo sólo en teoría. En la práctica y en el contexto de las luchas de cada día por la (re)construcción del sentido del «yo» y de la agentividad por parte de sujetos subalternos, el credo teórico y metodológico del posmodernismo/posestructuralismo amenaza vaciar el feminismo de su política afirmativa.

Tercero, el énfasis en las cuestiones de perspectiva o en la visión inevitablemente situada de uno, efectuado por teorías posmodernas y feministas por igual, se ha convertido en una inamovible plataforma política y epistemológica desde la cual las feministas lanzan encarnizados ataques contra una serie de postulados que atañen a la relación entre conocedor y conocido. Superada la pretensión de la Ilustración referente a la objetividad del conocimiento y de la razón —es decir «visión de ninguna parte» (Bordo, 1990: 139; Hartsok, 1990: 18)— algunas feministas posestructuralistas, excesivamente preocupadas y comprometidas con el pluralismo, la heterogeneidad y el interminable juego de (la) diferencia, acabaron sustituyendo la nada auspiciosa «visión de ninguna parte» por la infausta y miope «visión de cualquier parte» (Bordo, 1990).

En reacción contra las corrientes feministas que se entrecruzan con el posmodernismo/posestructuralismo, las feministas materialistas, alegando que «la lucha sobre significados, lengua, prácticas culturales y política de representación debe basarse en la prioridad de las luchas económicas» (Ebert, 1996: 123), exigen la vuelta del marxismo ortodoxo que resuelva todo o, en última instancia, invocan la contradicción entre trabajo y capital para explicar la opresión femenina. Según un mensaje en una lista que discute el materialismo feminista en la Internet,

*debido a la explotación
y opresión
(que padecen)
no pueden darse el lujo
ni los placeres
de la política lúdica
posclase
dirigida hacia
una libertad semiótica*

El trabajo femenino-materialista se caracteriza por la alegación de que la perspectiva crítica del materialismo histórico es históricamente necesaria y propulsora del proyecto opositor feminista. El materialismo feminista demanda una consideración de la manera como la clase, las divisiones del trabajo, el poder del estado, así como las subjetividades de género, raza, nación y sexo, cuerpos y conocimientos son cruciales para la producción social. Mientras las feministas materialistas han utilizado las críticas posmodernas del empirismo para desarrollar análisis del papel de la ideología en la opresión de las mujeres, [ellas] también han insistido que la ideología es una faceta de la vida social. Esta visión sistémica —la alegación de que la materialidad de lo social consta de clase, divisiones de trabajo, poder del estado e ideología— es uno de los rasgos distintivos del análisis del feminismo materialista. («Welcome to Matfem», en *MatFem@csf.colorado.edu*, mayo, 1997; subrayado mío.)

Más recientemente —con el fin de llamar la atención hacia la economía política del patriarcado capitalista y de contrarrestar la expansión del posmarxismo en el feminismo—, feministas materialistas, tales como Hennessy, han buceado sin embargo en las aguas turbias del reduccionismo económico. Éstas, alejándose de lo que consideraban como tipos indeterminados de «análisis sistémicos» y haciendo hincapié en la prioridad del análisis causal, afirman que, para comprender el porqué de la opresión de las mujeres, tiene que abandonarse el recurso a «categorías abstractas, históricas o meramente culturales como deseo, materia o performatividad» (Hennessy y Ingraham, 1997: 2) en favor de un renovado enfoque a los efectos directos del sistema de clase del capitalismo en la vida de las mujeres. En la jerarquía del feminismo materialista de determinación causal las mujeres del Tercer Mundo ocupan un lugar único (por cierto nada envidiable). Debido a la explotación y opresión (que padecen) no pueden darse el lujo ni los placeres de la política lúdica posclase dirigida hacia una libertad semiótica. A estas empobrecidas mujeres del Tercer Mundo se les ha asignado el arduo trabajo (¡ni más ni menos!) de conectar «la política cultural con la lucha revolucionaria para cambiar fundamentalmente las condiciones de producción, apropiación del excedente de trabajo y de la desigual distribución de la riqueza» (Ebert, 1996: 124).

Pese a la valiosa contribución de Ebert y Hennessy para detener el derrumbe de gran parte de la teorización del feminismo académico contemporáneo de Occidente (donde, según ellas, todo lo que es sólido empieza a derretirse), me parece que se debería intentar escapar de la doble trampa que ha aprisionado los debates entre feminismo posmoderno/posestructuralista contra el feminismo histórico-materialista, liberación libidinal contra revolución. Para resistir a la fácil tentación de reducir (nuevamente) las prácticas culturales a epifenómenos de las relaciones sociales de producción, es indispensable que el feminismo conciba la cultura como un conjunto articulado, o sea, «como el punto de intersección y negociación de varios vectores de determinación radicalmente diferentes —incluyendo el material, afectivo, libidinal, semiótico, semántico, etc.» (Grossberg, 1997a: 19). Para expandir los límites textuales del significado (con el fin de abarcar su más amplio con/texto histórico), las feministas tienen

que descubrir cómo las prácticas culturales forjan y a su vez son forjadas por otras fuerzas sociales tales como imperialismo, capitalismo, patriarcado, racismo, homofobia –sin olvidar el último advenedizo– globalización.

Utilizando las observaciones de mi trabajo de campo con el Movimiento de los Sin Techo de Florianópolis, Brasil, en sus reuniones semanales (asistidas casi siempre por mujeres), puedo afirmar que la preocupación exclusiva y estrecha con las necesidades materiales por parte de los líderes del Movimiento –descuidando otros aspectos de la vida social de las personas– contribuyeron mucho para que los miembros se enajenaran del movimiento comunitario local. El ejemplo de mi trabajo de campo intenta demostrar la importancia de que las feministas valoricen las dimensiones culturales y afectivas, en vez de mirar solamente hacia el limitado horizonte materialista de las vivencias de las mujeres pobres, de sus móviles políticos y opciones de vida. También constata los límites de la teoría feminista cuando ésta se traslada a diferentes contextos geopolíticos.

Bibliografía

- Álvarez, Sonia E., «Reweaving the Fabric of Collective Action», en Richard G. Fox y Orin Starn (ed.), *Between Resistance and Revolution: Cultural Politics and Social Protest*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1997, pp. 83-117.
- , Evelina Dagnino y Arturo Escobar (ed.), *Cultures of Politics, Politics of Cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*, Boulder, Westview Press, 1998.
- Appadurai, Arjun, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.
- Benhabib, Seyla, «Subjectivity, Historiography, and Politics: Reflections on the Feminism/Postmodernism Exchange» en Seyla Benhabib, Judith Butler, Drucilla Cornell y Nancy Fraser (ed.), *Feminist Contentions: A Philosophical Exchange*, Nueva York, Routledge, 1995, pp. 107-125.
- Best, Steven y Douglas Kellner, *Postmodern Theory: Critical Interrogations*, Nueva York, The Guilford Press, 1991.
- Bordo, Susan, «Postmodern Subjects, Postmodern Bodies» en *Review Essay Feminist Studies*, núm. 18 (1), 1992, pp. 159-175.
- , «Feminism, Postmodernism, y Gender-Skepticism», en Linda Nicholson (ed.), *Feminism/Postmodernism*, Nueva York, Routledge, 1990, pp. 133-165.
- Brundson, Charlotte, «A Thief in the Night: Stories of Feminism in the 1970s at CCCS», en David Morley y Kuan-Hsing Chen (ed.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies*, Nueva York, Routledge, 1996, pp. 276-286.
- Caldeira, Tereza do Rio Pires, *A Política dos Outros: O Cotidiano dos Moradores da Periferia e o que Pensam do Poder e dos Poderosos*, São Paulo, Editora Brasiliense, 1984.

- Chaney, David, *The Cultural Turn: Scene-setting Essays on Contemporary Cultural History*, Nueva York, Routledge, 1994.
- Chinchilla, Norma, «Marxist, Feminism, y the Struggle for Democracy», en Rosemary Hennessy y Chris Ingraham (ed.), *Materialist Feminism: A Reader in Class, Difference, and Women's Lives*, Nueva York, Routledge, 1997, pp. 214-226.
- Davies, Ioan, *Cultural Studies y Beyond: Fragments of Empire*, Nueva York, Routledge, 1995.
- De Lima Costa, Claudia, «Being Here y Writing There: Gender y the Politics of Translations in a Brazilian Landscape». En prensa.
- , «Off-Center: On the Limits of Theory and Lived Experience», Tesis de Ph.D., Departamento de Comunicación, Universidad de Illinois, Urbana-Champaign, Illinois, 1998.
- Domínguez, Virginia R., «Disciplining Anthropology», en Cary Nelson y Dilip P. Gaonkar (ed.), *Disciplinary and Dissent in Cultural Studies*, Nueva York, Routledge, 1996, pp. 37-62.
- Ebert, Teresa, *Ludic Feminism and After: Postmodernism, Desire, and Labor in Late Capitalism*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1996.
- Escobar, Arturo y Sonia E. Álvarez, *The Making of Social Movements: Identity, Strategy, and Democracy*, Boulder, Westview Press, 1992.
- Flax, Jane, *Thinking Fragments: Psychoanalysis, Feminism, Postmodernism in the Contemporary West*, Berkeley, University of California Press, 1990.
- Franco, Jean, *Plotting Women: Gender y Representation in Mexico*, Nueva York, Columbia University Press, 1989.
- Fraser, Nancy, «Equality, Difference, and Radical Democracy: The United States Feminist Debates Revisited», en David Trend (ed.), *Radical Democracy: Identity, Citizenship, and the State*, Nueva York, Routledge, 1996, pp. 196-208.
- , *Unruly Practices: Power, Discourse y Gender in Contemporary Social Theory*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1989.
- y Linda Nicholson, «Social Criticism without Philosophy: An Encounter between Feminism and Postmodernism», en Andrew Ross (ed.), *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988, pp. 83-104.
- Furman, Nelly, «The Politics of Language: Beyond the Gender Principle», en Gayle Greene y Coppélia Kahn (ed.), *Making a Difference: Feminist Literary Criticism*, Nueva York, Methuen, 1985, pp. 59-79.
- Grossberg, Lawrence, «Cultural Studies, Modern Logics, and Theories of Globalization», en Angela McRobbie (ed.), *Back to Reality? Social Experience and Cultural Studies*, Manchester, Manchester University Press, 1997a.
- , *Bringing it All Back Home: Essays on Cultural Studies*, Durham, Duke University Press, 1997b.
- Hall, Stuart, en David Morley y Kuan-Hsing Chen (ed.), *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies* (entrevista), Nueva York, Routledge, 1996, pp. 392-410.

- «The Emergence of Cultural Studies and the Crisis of the Humanities», en *October*, núm. 53, 1990, pp. 11-23.
- Hartsock, Nancy, «Postmodernism and Political Change: Issues for Feminist Theory», en *Cultural Critique*, núm. 14, 1990, pp. 15-33.
- Hennessey, Rosemary y Chris Ingraham, «Introduction», en R. Hennessey y C. Ingraham (ed.), *Materialist Feminism: A Reader in Class, Difference, and Women's Lives*, Nueva York, Routledge, 1997, pp. 1-16.
- Holston, James, «Autoconstruction in Working-Class Brazil», en *Cultural Anthropology*, núm. 6(4), 1991, pp. 447-465.
- Hooks, Bell, *Yearning: Race, Gender, and Cultural Politics*, Boston, South End Press, 1990.
- Hutcheon, Linda, *The Politics of Postmodernism*, Nueva York, Routledge, 1989.
- Kuan-Hsing, Chen, «Post-Marxism: Between/Beyond Critical Postmodernism and Cultural Studies», en David Morley y Kuan-Hsing Chen (ed.), *Stuart Hall...*, *op. cit.*, pp. 309-325.
- Lins, Paulo, *Cidade de Deus*, São Paulo, Companhia das Letras, 1997.
- Long, Elizabeth, «Feminism and Cultural Studies», en John Storey (ed.), *What is Cultural Studies?*, Nueva York, Arnold, 1996, pp. 197-207.
- Mani, Lata, «Multiple Mediations: Feminist Scholarship in the Age of Multinational Reception», en *Inscription*, núm. 5, 1989, pp. 1-23.
- Masiello, Francine, «Tráfico de identidades: mujeres, cultura y política de representación en la era neoliberal», en *Revista Iberoamericana*, vol. LXII, núm. 76-77, 1996, pp. 745-766.
- McRobbie, Angela, «Introducción», en A. McRobbie (ed.), *Back to Reality? Social Experience and Cultural Studies*, Manchester, Manchester University Press, 1997, pp. 1-4.
- Mignolo, Walter, «Interview: A Cultural Studies Questionnaire», en *Journal of Latin American Cultural Studies*, 1998, 7(1), pp. 111-119.
- Morley, David y Kuan-Hsing Chen, *Stuart Hall: Critical Dialogues in Cultural Studies...*, *op. cit.*, 1996.
- Morris, Meaghan, «A Question of Cultural Studies», en *Back to Reality? Social Experience and Cultural Studies*, ...*op. cit.*, pp. 36-57.
- Olea, Raquel, «Feminism: Modern or Postmodern?», en John Beverley, José Oviedo y Michael Aronna (ed.), *The Postmodernism Debate in Latin America*, Durham, Duke University Press, 1995, pp. 192-200.
- Richard, Nelly, *La estratificación de los márgenes*, Santiago, Francisco Zegers editor, 1989.
- Rooney, Ellen, «Discipline and Vanish: Feminism, the Resistance to Theory, and the Politics of Cultural Studies», en John Storey (ed.), *What is Cultural Studies?*, Nueva York, Arnold, 1996, pp. 208-220.
- Sarti, Cynthia, *A Família como Espelho: Um Estudo sobre a Moral dos Pobres*, São Paulo, Editora Autores Associados, 1996.
- Steedman, Carolyn K., *Landscape for a Good Woman: A Story of Two Lives*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1987.

Weed, Elizabeth, «Introduction: Terms of Reference», en E. Weed (ed.),
Coming to Terms: Feminism, Theory, Politics, Nueva York,
Routledge, 1989, pp. ix-xxi.

Young, Robert J. C., *Torn Halves: Political Conflict in Literary and Cultural
Theory*, Manchester, Manchester University Press, 1996.

